

---

# La Formación Permanente de los Presbíteros

---

Pbro. Dr. Osvaldo D. Santagada\*

---

## INTRODUCCION

Hace pocos días un joven universitario me decía que veía a su párroco sólo en la Misa del domingo, y enseguida preguntaba: “¿Qué hacen los curas”? Según él, eso no respondía al modelo de “sacerdote” que poseía. No sólo él se queja, sino muchos más: el presbítero es una persona acosada por deberes y que “no responde” a tal o cual determinado modelo sacerdotal.

Nosotros, en cambio, tenemos otro punto de partida. Sabemos muy bien que nuestros presbíteros están dado de sí lo mejor. Queremos estudiar de qué manera pode-

mos *ser mejores* en una continua fidelidad a nuestra vocación, vivir con mayor entusiasmo aún del que tenemos, y aceptarnos mutuamente en nuestra limitación humana, sin dejarnos adscribir una omnipotencia que no necesitamos ni nos arrogamos.

Todos quisiéramos ver los modos para crear en nuestras diócesis la conciencia de que entre todas las “pastorales” que han aparecido después del Concilio Vaticano II, hace falta establecer la “pastoral de los presbíteros”. Sí, necesitamos una pastoral para nosotros mismos, los pastores de la comunidad, los representantes de Cristo, los que distribuimos los Misterios de Dios.

---

\* Secretario Ejecutivo del Departamento de Vocaciones y Ministerios, Consejo Episcopal Latinoamericano, Bogotá.

---

Vamos a compartir ahora algunas ideas que pretenden dar significado a nuestra existencia presbiteral. Por la Gracia de Dios hemos atravesado una crisis sacerdotal manteniendo la calma y la alegría. Se despierta en nosotros una intensa necesidad de divisar en qué punto del panorama espiritual de América Latina nos encontramos. ¿Somos un punto de conflicto o un punto de resolución de conflictos? ¿Quién valora lo que somos y lo que hacemos?

Esta exposición parte, entonces, de las ganas que tenemos de ser campeones de la proclamación de la fe y de la defensa de los pobres, campeones del amor al prójimo y de la caridad hecha vida, campeones de una esperanza trascendente que nos hace sobrevivir con alegría en un mundo entristecido por la técnica y el consumo.

Es imprescindible que estemos motivados para buscar en qué prioridad tenemos a los presbíteros. Así de modo semejante al entusiasmo con que algunos han asumido la "pastoral vocacional", muchos pueden asumir la "pastoral presbiteral", no tanto para exigir una perfección utópica, sino para establecer con serenidad los derechos y los deberes de un presbítero en el mundo contemporáneo y en la Iglesia postconciliar.

Antes de entrar en el tema propiamente dicho deseo hacer tres observaciones previas. La primera se refiere a la bibliografía existente sobre el tema: en América Latina

aún no se han sacado todas las consecuencias del magisterio episcopal en Puebla sobre nuestro tema. Hay un progreso magisterial que debe ser incorporado a nuestra visión de Fe. La *segunda* observación quiere establecer un presupuesto de trabajo: no intentamos partir de la *realidad*, ya tantas veces estudiada y conocida, sino partir de los planes de formación sacerdotal permanente que se dan en América Latina. El estudio de esos planes y de los fundamentos que los justifican representa una etapa de nuestra maduración y de salida de la crisis de abandono sacerdotal que nos precedió. Hay muchas ideas para planificar en las diócesis, pero aparecen como sueltas, sin algo que las cohesione y unifique. La *tercera* observación toca al proceso, las tendencias y la proyección de los planes latinoamericanos de formación sacerdotal permanente: el camino que se siguió ha sido principalmente *intelectual*, incluso en los buenos estudios de psicología presbiteral que se han redactado, de tal modo que los criterios y líneas de acción no han facilitado los grandes interrogantes que nos hacemos los presbíteros de hoy.

## I. QUE ES LA FORMACION PERMANENTE DE LOS PRESBITEROS?

En los ámbitos educativos franceses de los años 60 se fue gestando la noción de "formación o educación permanente" como respuesta a los rápidos cambios que habían afectado a la sociedad humana, en

especial los realizados por la racionalidad técnica. Esta noción coincidió en el tiempo con el Concilio Vaticano II y su aspiración de "renovación" de la Iglesia, a comenzar por sus ministros: obispos y presbíteros. De manera analógica, entonces se habló de "formación sacerdotal permanente". Por mi parte, para reducir su alcance a los sólo presbíteros preferiría llamarla "formación presbiteral permanente".

#### a) ¿Complejo o simple?

Ha habido buenas definiciones sobre la Formación Sacerdotal Permanente en el ámbito del CELAM y de la Conferencia Episcopal Colombiana. (*Giraldo Jaramillo, Alberto*, Sugerencias para una reflexión teológica sobre la formación permanente del clero. Bogotá, CELAM - DEVYM, 1978, p. 72; *Isava, Eglee*, Presupuestos psicopedagógicos de la formación sacerdotal permanente, *Ibid*, p. 155; 1er. Encuentro Nacional de Formación Sacerdotal Permanente (Bogotá, 12-15. IX.1977), Documento, n. 1.6, en Formación Sacerdotal Permanente. Bogotá, SPEC, 1978, p. 103 y 116). El Documento de *Puebla* (n. 719 y 720) asume la temática. Pero el resultado de los planes ha sido *muy complejo* y de una puesta en obra muy costosa. Aún hoy muchos superiores y Obispos consideran esos planes como un modo de evitar las tensiones mediante el conocimiento del Concilio. Las posiciones encontradas no han desaparecido por haber realizado cursos o jornadas de "actualización".

Frente a tanta complejidad, me parece que se puede plantear la temática de otra manera, mucho más *simple* y, quizás con mayor capacidad motivadora para nuestros presbíteros. Nadie se mueve o motiva si se comienza por decirle que necesita renovarse, actualizarse, adaptarse. Implícitamente se ha partido de una visión negativa de los presbíteros. Y, por consiguiente, se ha tomado un camino falso para motivarlos. Nadie tiene la culpa de este comienzo, y mucho menos quienes con mucho esfuerzo y buena voluntad prepararon los encuentros y los planes para América Latina.

La crisis brota a otro nivel: pertenece a la misma Iglesia y a lo que André Manaranche en una ocasión llamó la tentación de "meaculpismo" que tuvo la Iglesia después del Concilio. Parecía como que todo lo hubiéramos hecho mal, que de todo deberíamos pedir perdón. La tentación no se quedó en eso, sino que provocó la caída: los presbíteros, al menos, nos acostumbramos a *perder*. Esto es muy grave. Lo que yo considero una presentación *simple* del problema es esto: si el presbítero se acostumbra a ser un perdedor, a la larga se comportará con actitudes contradictorias, incoherentes, impredecibles y hasta frenéticas. Si a un presbítero se le coloca la etiqueta de fracasado, está probado que comenzará a fracasar! Hemos desmoralizado a un 95% de nuestros presbíteros con un 5% que merece quizás el reproche. Por consiguiente, es pre-

ciso salir de aquella actitud *implícita* de que nuestros presbíteros están inadaptados, son incompetentes, inmaduros, desequilibrados, incapaces, poco expertos, etc. La lista se hace muy larga.

Hemos tolerado en nuestra existencia la crítica corrosiva a nuestros hermanos, o por envidia, o por cinismo, o por otras causas. Debemos preguntarnos con sinceridad: ¿cuándo hemos *celebrado* las victorias de nuestros presbíteros en sus áreas? ¿cuándo hemos considerado el triunfo de otro presbítero como nuestro triunfo? ¿cuándo nos hemos enorgullecido de los presbíteros que son en este mundo “ganadores” y no perdedores? ¿qué incentivos se nos han dado?. ¿No somos responsables de haber erigido un sistema, a fuerza de querer “perfeccionar” a los presbíteros, en que nadie puede “levantar cabeza”? Como si hubiera que esconder los éxitos pastorales y de evangelización que logramos. Así no sucede en una familia normal: los padres se alegran de los triunfos de los hijos, y motivan a los hermanos para que se alegren también e *imiten* esa victoria.

#### b) Vocabulario de la “formación sacerdotal permanente”

El mismo vocabulario que se ha empleado ha contribuido a no motivar a los presbíteros: “renovación” “adaptación”, “actualización”, “fomento”, “capacitación” dar, “competencia”, “especializar”, etc. Todo ese léxico va en una

línea intelectual de información, más que de formación. En este sentido, Puebla (n. 719) advierte que “una seria y continua formación, no puede reducirse a lo intelectual, sino que se extenderá a *todos los aspectos de su vida*”.

Desde 1977 comenzó también a abrirse camino una línea de psicología de la afectividad, muy valiosa en si misma, pero que ha partido de palabras tales como “equilibrio”, “madurez”, “plenitud”, “sano”, etc. Lo menos que se puede decir de tales nociones es que son relativas.

¿En relación a qué se dice equilibrado, maduro, sano o pleno? A un término medio de una determinada geografía e historia, de una cultura y su modo de relacionarse con todo.

Pero no sólo esas nociones de perfeccionismo iban en contra de los planes de formación presbiteral permanente, sino también una cierta concepción demasiado irreal de un presbítero que debía superar el común de los mortales: experto en teología, calificado por su gran vida espiritual, pedagogo y educador pastoral. En lugar de aceptar la gradación existente en nuestros seminarios y presbiterios, quisimos que todos los presbíteros fueran *creadores*, que cada experiencia de parroquia pudiese mostrarse como algo único. En lugar de aceptar que nuestros presbiterios están compuestos de hombres pasionales, hemos preferido pensar en una colegialidad *racional*, pensada, inteligente.

Es menester entonces asumir la necesidad que todos tenemos de *imitar* lo bueno que vemos en los demás, en esos pocos a quienes ha dado el carisma para establecer patrones que se pueden seguir con seguridad. ¿Qué hubiera sido del Concilio de Trento, sin las normas dadas por San Carlos Borromeo para su arquidiócesis de Milán, que luego fueron tomadas como modelos en muchas otras diócesis?

Debemos defender a nuestros presbíteros que *imitan*. No todos podemos ser creadores. Pero imitar no significa "copiar": cada uno toma del modelo lo que mejor se acomoda a su personalidad y a su gente, a sus sentimientos y gustos, y lo transforma. Lo mismo que hacemos con nuestros amigos los santos: imitamos sus vidas y sus obras pero según la modalidad peculiar de cada uno de nosotros, es decir, los *valores* que en ellos captamos.

El Concilio nos impulsó a correr ciertos riesgos por la gran aspiración de abrir las puertas y ventanas de la Iglesia a los hombres de nuestro tiempo. Pablo VI ya lo había insinuado en su primera encíclica "Ecclesiam suam". Pero ¿qué sucedió? A los que se atrevieron a correr esos riesgos, no se les perdonaron sus pequeños fracasos, incluso a veces se castigaron! Hoy debemos desandar ese mal camino: hace falta recompensar los pequeños triunfos. ¿Quién es el que felicita a los presbíteros? ¿Solamente el grupo de sus adeptos? ¿No hay otras

instancias para congratularse de un trabajo de Iglesia? Un periódico diocesano llevado con alegría, un trabajo de pastoral social que ha puesto a la Iglesia en medio de sus pobres, una campaña de pastoral vocacional que ha movido a todo un país, una parroquia de la que surgen vocaciones religiosas y ministeriales, unos asesores que con fidelidad conducen la evangelización de sus movimientos laicales y los lanzan hacia sus responsabilidades en el mundo: ¿todo eso y mucho más aún no es motivo de "consuelo", mucho más que las palabras que se pueden decir? Toda esa *consolación* de la Iglesia merece ser mostrada. En este sentido, los presbíteros no podemos aceptar de ningún modo uno de los pecados del que menos se habla pero que destruye la vida comunitaria de los cristianos: la *envidia*. No es para nosotros. No podemos tolerar que cuando un hermano nuestro haga algo *muy bien*, reciba la indiferencia como premio. Cada uno, sobre todo si es varón, se considera capaz de lo mejor. Hagamos la prueba y veremos las respuestas! Pero esa impresión de la subjetividad humana, debe acompañarse del buen espíritu que capta lo bueno de los demás.

Así llegamos a un punto clave de lo que venimos diciendo: la formación sacerdotal permanente tal como está presentada en muchos planes de América Latina, sin pretenderlo, tira abajo la imagen que cada uno tiene de sí mismo. Porque nos presenta como inadaptados,

incompetentes para el mundo de la civilización técnica; a lo más nos admite capaces de llevar una pastoral en medio rural. No podemos caer en el error de H. Cox que aseguraba que en "la ciudad secular" no permanecería la religión! La experiencia nos ha demostrado todo lo contrario. Cuando yo subo a confesar al Santuario de Monserrate, no solo vienen campesinos, sino muchos "ciudadanos" deseosos de renovar su fe y ofrecer su penitencia.

Es hora de salir en defensa de nuestros presbíteros: hay que encontrar la manera de hacerlos *ganadores, campeones, triunfadores*. La vida de los santos está llena de estos ejemplos. Sin esta actitud la partida está partida desde el comienzo. *Puebla* (n. 720) no quiere pastores incompetentes. Es lícito preguntarse: ¿para qué? So pretexto de que la Iglesia ha caído en el "triumfalismo", hemos imaginado una Iglesia desencarnada y hemos matado el deseo de nuestros presbíteros de ser ganadores. ¿Qué diría San Pablo, el cual quería a toda costa ganar a uno solo para Cristo? ¿Qué diría San Juan Bosco, que pedía solamente ganar almas y lo demás no le interesaba?

### c) Adhesión a Cristo y a la Iglesia

Nuestro presbítero funciona la mayoría de las veces más por la *intuición* que por la racionalidad. Su mente trabaja mejor con símbolos, con metáforas, con anécdotas, con todo el mundo riquísimo de la

religiosidad popular, que contiene una alta dosis de *poesía*. Es la manera de defenderse del materialismo contemporáneo. Todos tenemos la experiencia de homilías soporíferas que no conmueven a nadie, y en cambio, de simples presentaciones del Evangelio con su Encarnación en algún hecho de nuestro conocimiento que hace brotar las lágrimas, incluso de los presbíteros. La conversión no es un asunto racional, sino de toda la persona.

El interrogante fundamental que nos hacemos los presbíteros es este: ¿para qué y por qué vivimos? ¿Qué es lo que hace que nuestra existencia presbiteral tenga tanto valor en sí para seguirla viviendo con alegría? Si podemos responder a esta pregunta clave, entonces será relativamente fácil buscar *cómo* podemos volver a engendrar en nosotros la fuerza del Espíritu Santo.

Tratemos de responder a esa pregunta. La constitución "Dei Verbum" del Concilio Vaticano II dice: "Quiso Dios en su bondad y sabiduría, revelarse a Sí mismo y manifestar el misterio de su voluntad: por Cristo, la Palabra hecha carne, y con el Espíritu Santo, pueden llegar los hombres hasta el Padre y participar de la naturaleza divina. En esta revelación, Dios invisible, movido de amor, habla a los hombres como a amigos, trata con ellos para invitarlos y recibirlos en su compañía. . . La verdad profunda de Dios y de la salvación del hombre que transmite dicha revelación, resplandece en Cristo, mediador y plenitud

de toda la revelación" (n. 2). "Cuando Dios revela, el hombre tiene que *someterse con la fe*. Por la fe el hombre se entrega entera y libremente a Dios, le ofrece "el homenaje total de su entendimiento y voluntad", asintiendo libremente a lo que Dios revela. Para dar esta respuesta de la fe es necesaria la Gracia de Dios, que de adelante y nos ayuda, junto con el auxilio del Espíritu Santo, que mueve el corazón, lo dirige a Dios, abre los ojos del espíritu y concede "a todos gusto en aceptar y creer la verdad" (n. 5). Pues bien, somos nosotros los presbíteros, en comunión con los obispos, los que anunciamos este mensaje de liberación integral del hombre, los que presidimos el centro de la vida de los cristianos que es la sinaxis eucarística, los que realizamos el misterio de la reconciliación (cfr. P.O., 5; Puebla, n. 662).

Los presbíteros no somos integrantes de una organización o empresa. Así no podemos responder por el sentido de nuestra existencia. Somos más bien los servidores de la humanidad para un ministerio extraordinario que es la *evangelización* del mundo. Así sintetiza Puebla (n. 679) nuestro servicio. El sentido de nuestra vida está dado porque somos evangelizadores y misioneros (Puebla n. 665).

Hay todavía un texto que nos llena el corazón (Puebla n. 681ss): somos pastores de la Iglesia que vamos delante de las ovejas, damos la vida por ellas, las conocemos y

somos conocidos por ellas! Más aún, no sólo pastores, sino además hacemos presente a Cristo-Cabeza en medio de la comunidad y formamos con nuestro Obispo y unidos en íntima fraternidad sacramental un solo presbiterio para servicio de la Iglesia y del mundo" (*Lumen Gentium*, 28; Puebla n. 690). Todavía un paso más: en nuestra experiencia del Dios vivo, por toda nuestra vida, somos profetas para una transformación radical del hombre que comienza en este mundo y culmina en la trascendencia. (Puebla n. 693).

"Anunciar el Evangelio de Dios: he aquí un rasgo de nuestra identidad que ninguna duda debiera atacar, ni ninguna objeción eclipsar; en cuanto pastores hemos sido escogidos por la misericordia del Supremo Pastor, a pesar de nuestra insuficiencia, para proclamar con autoridad la Palabra de Dios; para reunir al Pueblo de Dios que estaba disperso; para alimentar a este pueblo con los signos de la acción de Cristo que son los Sacramentos; para ponerlo en el camino de la salvación; para mantenerlo en esa unidad de la que nosotros somos, a diferentes niveles, instrumentos activos y vivos; para animar sin cesar a esta comunidad reunida en torno a Cristo siguiendo la línea de su vocación más íntima. Y cuando en la medida de nuestros límites humanos y secundado la gracia de Dios, cumplimos todo esto, realizamos una labor de evangelización: Nos, como pastor de la Iglesia universal; nuestros hermanos los obispos, a la

cabeza de las Iglesias locales; los presbíteros y diáconos, unidos a sus Obispos, de los que son colaboradores, por una comunión que tiene su fuente en el sacramento del Orden y en la caridad de la Iglesia". Así sintetizó Pablo VI el sentido de nuestra vida (*Evangelii Nuntiandi*, n. 68). La gran pregunta ha quedado respondida.

Queda sólo interrogarnos ahora *cómo* hacer fácil esta identificación a Cristo y *cómo* poder imitar a María en su fidelidad, que es la característica del auténtico evangelizador (cfr. Puebla, n. 700).

Me atrevo a proponer como "formación presbiteral permanente" lo que va haciendo la Liturgia católica a lo largo de sus ciclos y años: una constante vuelta a las fuentes. Cada presbítero que con fidelidad asume cada día el rezo de la Liturgia de las horas y la celebración de la Eucaristía con los sentimientos de Cristo Jesús, tiene en sí los elementos que lo pueden conducir a *vivir* su presbiterado no sólo como un ideal nunca alcanzado, sino como una realidad que se va haciendo "con fidelidad bajo las sombras" (*Lumen Gentium*, n. 8) como toda la Iglesia.

Defino entonces esta "formación presbiteral permanente" de este modo: *Una presencia de la vida de Cristo en el Corazón de cada presbítero, que origina un dinamismo de Gracia y engendra un compromiso evangélico enérgico y una pasable innovación pastoral en la Iglesia.*

Trataré en lo que sigue de explicar las dimensiones de esta noción, cómo puede realizarse y quienes son sus destinatarios y agentes.

## II. DIMENSIONES DE LA FORMACION PRESBITERAL PERMANENTE

### a) La ordenación presbiteral

La ordenación presbiteral es una forma de existencia en la que Cristo se hace presente a cada uno de nosotros (Cfr. *Giraldo Jaramillo*, Alberto, op. cit., p. 55 ss).

El Sacramento del Orden afecta *toda la vida* del presbítero. Un presbítero no es un funcionario, un profesional, sino un hombre cuya vida está escondida en Cristo, para gloria del Padre y según la gracia del Espíritu. Más aún, por su ordenación cada presbítero es integrado a un *presbiterio*, misteriosa comunidad de una nueva hermandad por el sacramento de la fe. Aquí se da una falla bastante frecuente: los presbiterios diocesanos, tanto los grandes como los pequeños, han sido *usados* como organismos representativos de los que colaboran con el Obispo por causa del sacerdocio recibido. Por eso, muchos presbiterios son grupos nominales, sin vida, sin proyección, sin alegría.

Aquí se encuentra la primera tarea de la formación presbiteral permanente: la incorporación al presbiterio es una realidad que debe vivirse en la Fe. Esta primera tarea, como veremos más adelante, le



compete ante todo al Obispo. Desde aquí debe partir esa actitud ganadora y victoriosa, que viene de la Fe. No ganamos por el menor uso de la manipulación o del cinismo. Nuestra victoria es Cristo! Tanto más que nos hemos identificado a él, en su calidad de Cabeza de su cuerpo que es la Iglesia.

#### b) Contenido de la formación presbiteral permanente

Lo que me parece fundamental es no reducir esta formación a tal o cual aspecto que en las actuales circunstancias parezca importante. La visión teológica nunca está completamente terminada; la vida ascética y mística del presbítero es un camino marcado por oscuridades y luces que es preciso retomar con perseverancia; la pedagogía pastoral se va haciendo en una experiencia vital que nos hace ancianos de verdad (*presbíteros* en su etimología), en el sentido profundo y tierno que tiene esa ancianidad de la experiencia. Pero teología, espiritualidad y pastoral no agotan la vida presbiteral. Hay que sumar a eso algo que suele indicarse en lo espiritual, pero que es su presupuesto: *la vida humana*, personal y comunitaria, de cada hombre, con su herencia, sus problemas reactivados por el contacto con la gente, con sus angustias frente a la seguridad, el sustento, la salud, la soledad y la vejez.

Pienso que en esta formación se trata de hacer converger elementos aparentemente contradictorios o contrapuestos, (cfr. Puebla, n. 660).

El seminario, en cambio, forzosa-mente tiende a nivelar a sus alumnos. Esta formación tiene que asumir la *diferencia* que en una misma *identidad* brota de las personalidades distintas, las experiencias propias, los carismas personales, los dones que Dios ha dado, las debilidades y las carencias, las insuficiencias y limitaciones. Pero, en todo caso, debe lograr *motivar* a todos para que cada presbítero viva y actúe como padre, como profeta, como liturgo, como pastor, como líder, como servidor, como autoridad, como maestro, acentuando con profunda libertad aquel aspecto para el cual siente en su corazón el llamado de Cristo Señor y de la Iglesia. La formación presbiteral permanente debe acompañar al *presbiterio* a que sepa crearse hábitos de libertad. Sólo así se evitarán ciertas tensiones malsanas que rompen el espíritu de familia y fraternidad, y se logrará una síntesis que permitirá emprender con audacia la recatequización de nuestro continente.

#### c) La permanente conversión

Cada presbítero sabe que está expuesto, por su lugar en la Iglesia y en el mundo, a diversas tentaciones, entre las cuales sobresalen las que impulsan a hacerse un líder político, un dirigente social, un funcionario del poder temporal, un profesional con sueldo asegurado. El criterio evangélico, por el contrario, lo conduce a empeñarse en la liberación integral de los pobres, por los cuales el episcopado latino-

americano ha hecho una opción preferencial (Puebla, n. 696 y pas-sin).

Es importante que cada uno asuma con sencillez su propia limitación, no para bloquearse en ella, sino para ejercer ese ministerio de reconciliación que derriba las barreras de odio, división y separación que los hombres creamos entre nosotros. En este sentido, los presbíteros debemos *actuar para sentir*. Algunos piensan que van a actuar mejor si primero logran sentir. Nadie se convierte en un confesor buscando, si no se está largas horas en el confesionario. Se puede sentir y saber la importancia de la reconciliación, pero la misma acción pastoral nos conduce a vivirla con intensidad y a encontrarle el sentido. Nadie se hace educador de las conciencias infantiles, si primero tiene que pensar y sentir su importancia: hay que entregarse con alma y vida a esa tarea, sin delegarla, porque de ella depende el futuro de la cultura católica en América Latina, y después lo sentirá intensamente. Nadie se hace servidor de los pobres, si para ello debe ser convencido, sino por el contrario, dando los pasos que lo conducen a las aglomeraciones emergentes: luego sentirá todo lo que nuestro pueblo necesita y hará maravillas entre su gente. La formación presbiteral permanente puede lograr que cada uno actúe con entusiasmo en su ámbito y luego comparta sus sentimientos con sus cohermanos del presbiterio, y en particular con su padre-obispo.

En todo esto, cada presbítero y todo el presbiterio deberá tener la conciencia clara de que nada se puede hacer sin la fuerza del Espíritu Santo que fortalece nuestra humanidad. De allí que la misma acción presbiteral conduce a una constante conversión, es decir a nuevos comienzos que nos impulsan a renovar nuestro amor por Cristo, a quien hemos consagrado nuestras vidas, y por el Pueblo de Dios, al cual queremos servir con desinterés cada día más grande.

La formación presbiteral permanente partirá, entonces, de considerar a los presbíteros como hombres de vocación, pero defectuosos, y los ayudará a *vivir mejor* su presbiterado, en todas sus dimensiones y aspectos. Y esto nos lleva a decir una palabra sobre *el modo* como se podría emprender esta tarea de pastoral presbiteral.

### III. ¿COMO HACER ESTA FORMACION PRESBITERAL PERMANENTE?

Sin negar la importancia que ha tenido en la Iglesia la obligación posterior a los estudios del Seminario (exámenes quincenales y casos de conciencia) la actual legislación canónica (c. 279) no establece una norma sobre formación permanente, sino da orientaciones convenientes; la formación presbiteral permanente no es una suma de conocimientos, aún de aquellos realmente importantes como son los bíblicos, teológicos, espirituales, pastorales, sino más bien una *acti-*

*tud de apertura* hacia las necesidades de la Iglesia y del mundo, y una actitud de *autoestima*, imprescindible para un pastor que quiera llevar adelante la nueva evangelización requerida por los nuevos tiempos.

Es bueno no caer en un exceso de utopía sobre el valor de los cursos, jornadas, etc. que se programan para la formación permanente. No se debe esperar que se alcance el ideal presbiteral: hay una partitura ideal que cada uno ejecuta con ritmo, tiempo y sonoridad diferentes. El Pueblo de Dios acepta al sacerdote que se reconoce humildemente pecador y los presbíteros debemos hacerlo entre nosotros, evitando de sindicarse como "leproso" a ninguno. La visión optimista del cristiano, que sabe que por el Espíritu Santo la conversión siempre es posible, nos permite esperar buenos resultados del intercambio de experiencias, de la amistad presbiteral sincera, de la presentación desinhibida de las propias ideas. Cuando se vive en el clima de amor que brota de una vida según el Espíritu, la corrección fraterna es uno de los elementos capitales de la formación presbiteral. Nadie debe ser considerado definitivamente fracasado: se dan a veces "excomuniones" nunca proclamadas, que no coinciden con el espíritu de caridad en la Iglesia. Buscar la conversión del pecador, la corrección del que yerra es una de las primeras tareas evangelizadoras de un auténtico pastor. Esa tarea se hace por el testimonio de una paciencia inquebrantable y de una fidelidad conti-

nua al misterio de Cristo y de su Iglesia.

Así la formación presbiteral permanente *se vive*: es experiencia del actuar sacerdotal. Presento aquí los modos como se puede lograr. Son tres:

- ordenamiento de una vida virtuosa
- crecimiento en el compartir
- testimonio de una vida santa.

#### a) Ordenamiento de una vida virtuosa

##### 1. Culto y cultura

Cultura es el modo como un pueblo se relaciona con Dios, con los demás hombres y con la naturaleza, así como las expresiones de esa relación. El presbítero latinoamericano pertenece a una cultura marcada por la fe. Por eso, debe *cultivar* aquella virtud que da forma a la vida de la fe: la virtud de religión, con su acto específico que es el sacrificio (Cfr. P. O., n. 13 y Puebla, 668). El cultivo de la religión con su espíritu de entrega y abnegación es lo que impide la tentación de *dominación*, siempre al acecho de los que están puestos al frente del Pueblo de Dios. Esa abnegación se logra con un diálogo auténtico con Cristo Señor, de modo que la oración nos hace testigos de la trascendencia y del valor que posee dar la vida por los demás. El sacrificio no es algo impuesto desde fuera, sino aceptado interiormente, porque es aquello que más puede *dar sentido* a nuestra vida.

Sin casi darse cuenta, el presbítero por su vida de entrega es un creador de cultura. Especialmente en su acción pastoral con los niños o en donde nacen las nuevas formas culturales: es una presencia insustituible y de valor primario. Nada debería anteponerse a la enseñanza catequística total: experiencia de vida cristiana, moral y doctrinal.

## 2. Dinero y sexualidad

Hay una relación intrínseca entre el apego al dinero y la sexualidad mal vivida. El dinero otorga un sentimiento de poder, así como el varón piensa su virilidad en términos de potencia sexual. El abuso del poder del dinero o de la potencia sexual conduce a la "cosificación" de los otros. Por esta razón, la vida del presbítero debe ser conducida por la virtud de pobreza, que coloca su poder no en el dinero o la genitalidad, sino en Dios que ama a los pobres de corazón, y personaliza a los demás. Aquí vuelve a aparecer el tema del *presbítero*, a causa de la comunicación cristiana de los bienes y del amor preferencial a los pobres. Formar este espíritu entre los presbíteros contribuirá poderosamente a buscar las raíces espirituales de su abandono en el Señor. El justo sustento y el alejamiento de la soledad deben ser objetivos primordiales de todos los que han aceptado su celibato sacerdotal como una opción de libertad que se abandona en las manos de su Señor. El testimonio presbiteral de una vida no reprimida sino libre según el Espíritu, que

sabe entrar en contacto con todas las personas, hombres y mujeres, es fundamental para la vida continuada del presbítero. Siempre habrá que motivar la vida de celibato y la renuncia a la propia familia, a la propia esposa y a los propios hijos. Ante todo, demostrando con las actitudes que los presbíteros no renunciemos a *todo* amor humano, sino que al contrario, estamos llamados a dar ejemplo de aquel amor sacrificado, como el de Jesús, que se desgasta al servicio de los demás. En esto está en gran motivo de gloria de nuestro ministerio. Somos los hermanos compresbíteros quienes debemos comprender esta vida de pobreza y compartirla con los otros, especialmente cuando no hay reciprocidad en el amor presbiteral por su gente. Benditos los presbíteros que comprendiendo la necesidad de afecto y sustento, corren en ayuda de sus hermanos. Esta actitud de abandono, facilita poderosamente la evangelización porque evita el profesionalismo de algunos que se instalan en puestos de los cuales no aceptan ser trasladados (caso de directores de colegios o profesores de tiempo completo). La pobreza interior del presbítero se manifiesta en su disponibilidad a la tarea evangelizadora, como nos lo testimonian tantos hermanos nuestros.

## 3. Relación con personas y grupos

Se trata de nuestra "forma de vida". Hay que hacer el aprendizaje del trato y de la relación con los

superiores, con los otros presbíteros, con las religiosas, con los fieles de condiciones, sexos y edades diferentes (Cfr. Puebla, nn. 666, 671, 711). En especial, hay que vincularse con los jóvenes de ambos sexos (Puebla, n. 713) que intercambian con nosotros su fuerza por nuestra experiencia, y lo hacen con gusto. También hay que mantenerse unido al Seminario propio: ese contacto un poco esporádico, espontáneo u organizado con el Seminario contribuye mucho a mantener el espíritu alegre y enérgico que necesitamos como presbíteros del mundo actual. Por fin, es preciso abrirse a la Iglesia universal (Puebla n. 712) con un amor sencillo al Papa, a los Obispos y a todos los órdenes de la Iglesia. Para lograr esto es menester trabajar en orden a la adquisición de la virtud de *humildad*. Se trata de la humildad perseverante del hombre limitado y no omnipotente. Esta humildad es el fundamento de la verdadera amistad presbiteral que brota de un amor de castidad. Cada presbítero tiene derecho a sentir con espontaneidad la ternura, el afecto, la alegría que provienen de sí o de otros. El ejemplo vivo de sus hermanos le harán ver cómo vivir de esta manera auténtica, sin caer en la hipocresía y el cinismo que son los obstáculos mayores de toda verdadera vida con sentido. Y, sobre todo, la práctica de la confesión, de la propia confesión de nosotros presbíteros, nos hará progresar cada día en este organismo virtuoso que nos mantiene siempre frescos para la misión del anuncio del Verbo Encarnado y Salvador.

Hay que animar a nuestros hermanos de mayor experiencia a que consideren una gracia especial la de dedicarse a la confesión de sus hermanos presbíteros. Entre todos los ministerios, éste es un ejemplo viviente de caridad pastoral. La palabra cálida, llena del Espíritu de un hermano sacerdote es lo que necesitamos para ese “nuevo comienzo” que mencionaba hace un momento. Cada presbítero confesor es un instrumento providencial para fortalecer la obra evangelizadora de la Iglesia.

b) Crecimiento de un compartir con las religiosas y los laicos

Una vida presbiteral marcada por las virtudes de religión, de pobreza y de humildad supone que debemos tirar por la borda la idea de *eficacia racional*, que tanto mal hace a la Iglesia. Cada presbítero es un instrumento en las manos de Cristo y su eficacia humana es escondida como el grano de trigo que se sepulta en la tierra. Pertenece a los frutos de toda la Iglesia. El hombre de Dios no busca grandes efectos: se contenta con las simples recompensas que el Señor le va brindando por medio de su Obispo y de sus hermanos, así como del agradecimiento del pueblo fiel, que comprende su naturaleza frágil y lo impulsa a ser mejor.

La formación presbiteral no estaría bien enfocada si no se insistiera mucho en la necesidad de transmitir personalmente la propia *experiencia de fe*. La predicación, el testimonio

de vida, la caridad son tremendamente importantes. Pero nunca podrá suplirse ese trato de persona a persona, en el cual se dedican horas a los niños, los enfermos, los ancianos, los jóvenes, los desorientados, etc. y se dicen palabras simples que tocan la conciencia, avivan la esperanza, restauran las heridas, curan los dolores, provocan el perdón. La presencia en la mesa familiar, no como un mero comensal, sino como un testigo de las realidades trascendentales y del modo de vivir en el mundo las virtudes evangélicas. El tiempo dedicado a las religiosas será siempre un tiempo bendito: cada religiosa por su consagración al Señor está capacitada mucho más que otros, y desde su femineidad, lo que significa la vida presbiteral en el celibato. Las contemplativas, que dedican su existencia de oración a suplicar por los presbíteros, pueden ser nuestras mejores amigas. Ese trato debe ser fomentado y contribuye a ese dinamismo permanente que necesitamos los evangelizadores.

La mejor formación presbiteral se hallará en el ejercicio mismo de la caridad pastoral (P. O. n. 14) que nos une al ser y al obrar del mismo Cristo. San Pablo nos brinda un modelo a imitar: desinteresado hasta el extremo de despreocuparse de que lo considerasen lo último, por causa del amor a Cristo Jesús a quien él siente vivir en sí mismo. La presencia de Cristo en nosotros nos va transformando poco a poco sin que nos demos cuenta, de modo que por la gracia del Espíritu nues-

tra libertad se hace principio de edificación del Cuerpo místico.

### c) Testimonio de una vida santa para la liberación y la comunión

Evangelizar significa convertir la conciencia personal y colectiva de los hombres, penetrar sus actividades y su vida de los criterios del Evangelio, y animar su ambiente del clima virtuoso que inicia el Reino (Cfr. *E. N.*, n. 18). Puebla (n. 696) nos llama a vivir para la liberación integral de los pobres y oprimidos. Para esto hay que ayudar al presbítero y a los presbiterios a dar tres testimonios insustituibles:

#### 1. Testimonio de unidad

Frente a las divisiones, a la maldad, al egoísmo, a los rechazos, a la envidia, a las críticas injustas, a las marginaciones, los presbíteros expulsamos de nuestra vida todo lo que divide para hacernos hombres capaces de crear la unidad, aunque eso nos cueste la cruz como a nuestro Señor y Redentor.

#### 2. Testimonio de la verdad

En esta época surcada por filosofías de la mentira y el cinismo, por ideologías englobantes que no dejan espacio para la libertad humana, por confusiones y desorientaciones creadas por el escepticismo, los presbíteros y cada presbiterio unido a su Obispo, debemos ser testigos de la verdad revelada y por la cual el Hijo viene al mundo.

### 3. Testimonio de amor

Toda nuestra formación debe llevarnos a suprimir el resentimiento, el odio, el rencor, la fijación en el deseo de venganza, como testigos incansables de un amor oblativo que da sentido a la vida, le marca su rumbo y su finalidad. Frente a un mundo que ha deificado el poder, nuestra vida de presbíteros es la de privilegiar el amor auténtico, que brota de la Eucaristía, memorial perenne del amor que se hace servidor.

## IV. DESTINATARIOS Y AGENTES

### a) Los Obispos

En Puebla (n. 704) los Obispos latinoamericanos se comprometieron a “promover solícitamente el crecimiento espiritual y pastoral de los presbíteros”. El Obispo “infunde confianza en sus colaboradores, especialmente los presbíteros para quienes debe ser padre, hermano y amigo” (*Lumen Gentium* n. 28 y *Puebla* n. 688; ver también nn. 667, 678, y 705).

El primer contacto de persona a persona debe ser el del Obispo con cada uno de sus presbíteros. Allí deja el padre su palabra tierna y segura. Allí deja el hermano su corrección y su ánimo. Allí deja el amigo la certeza de la fidelidad y el afecto. En lo más íntimo de la conciencia presbiteral, se requiere la presencia de la actitud del obis-

po. Es preciso aquí repetir con Pablo VI que “el hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escuchan a los que enseñan es porque dan testimonio” (E. N. n. 41). ¿A qué se debe esto? A que en cada hombre nuestras acciones expresan nuestras prioridades. Sí, nuestras acciones hablan más fuerte que nuestras palabras. Por eso, debemos evitar las contradicciones e incoherencias entre palabra y acción. Y hacer un examen de conciencia para situar nuestras prioridades.

El Obispo debe ser el animador, el responsable de esta formación presbiteral permanente. ¿Cómo? Pienso que no se trata de hacer declaraciones, ni participar en los cursos y en las jornadas de estudio, etc. Lo primero es crear un clima de *aceptación* del presbítero. Cada persona necesita ser aceptada como es. Eso es fundamental. El Obispo tiene que lograr con la ayuda del presbiterio, un clima en que cada presbítero pueda estar orgulloso de pertenecer a esa comunidad, en que cada uno pueda desarrollar la auto-estima, y además participar con excitación y pasión en la vida de la Iglesia diocesana como un todo.

También sería estupendo que el obispo pusiese entre sus prioridades las de ir a rezar con su presbiterio, especialmente el más alejado; ir a comer, a convivir, a conversar, a compartir, a llevar una pequeña recompensa inesperada, a dar un

incentivo al hijo y hermano con esa delicadeza de atenciones que es un don del Espíritu Santo.

#### b) Los presbíteros y el presbiterio

No se puede vivir el presbiterado en actitud solitaria. El presbiterio es exigitivo de la ordenación presbiteral. Un presbítero que quiere autodestruirse sólo necesita aislarse de su Obispo y de sus copresbíteros (cfr. Giraldo J. A., op. cit. p. 65).

Cada presbítero debe poder retomar el itinerario de su vocación para confirmarla libremente y lanzarse con nuevas fuerzas al anuncio del Evangelio. Pero también el presbiterio debe educar a sus miembros para vivir dando sentido a la vida del hombre identificado al sacerdocio de Cristo (cfr. *Perspectivas de Formación Presbiteral en América Latina*. Reflexiones del Primer Curso latinoamericano para Formadores del Clero. Bogotá, CELAM-DEVYM, 1980, p. 120, nn. 478 y 479).

En cada presbiterio debería surgir una nueva vocación pastoral: la de los animadores o servidores del clero. Unos presbíteros que consagren toda su vida y sus fuerzas a mantener en sus hermanos el don recibido por la imposición de las manos, y a encauzar las fuerzas viriles que existen en cada uno de nosotros.

#### c) El Pueblo de Dios

Me refiero al Pueblo cristiano en todos sus estamentos: las mujeres

serviciales de la vida apostólica, las religiosas, las familias, los hombres comprometidos en sus tareas en el mundo, los jóvenes y los seminaristas (que tanto influyen en los presbíteros), las comunidades cristianas en cuanto tales. Es un pueblo que evangeliza a sus pastores. Hasta ahora el pueblo latinoamericano, tan creyente y fiel, no se ha podido dar los pastores que necesita. Hay que ayudar a los fieles a prestar atención a las necesidades de sus presbíteros en cuanto hombres y personas. Cada presbítero siente, sufre, se duele, ama, lucha, pasa por desvelos, angustias como cualquier ser humano. Esta atención que brota de la sabiduría popular, y encauzada por los Obispos, impedirá la disfunción de unos hombres, cuya vida tiene tanto sentido.

#### CONCLUSION

Hacia una "pastoral de los presbíteros"

Ha habido una crisis presbiteral en los últimos años, que también se convirtió en crisis episcopal, por la angustia del abandono sacerdotal y de las necesidades y exigencias de la evangelización. Las causas son numerosas. Hoy encontramos como imprescindible una formación presbiteral permanente hecha de todos los aspectos de la vida y en mil formas, pero principalmente a partir de cada Obispo y de cada presbiterio.

Hay también un repunte vocacional que provoca la alegría de la



Iglesia latinoamericana. Este es un desafío para nosotros los presbíteros, porque los nuevos seminaristas nos contemplan, y analizan con sagaz observación donde están nuestras prioridades a través de nuestra acción. Estas vocaciones nos vuelven a plantear el seguimiento de Cristo y la renovación de nuestra identificación con El para vivir con tal entusiasmo y decisión nuestras tareas, que sin pensarlo tal vez, seamos nosotros también formadores de los futuros presbíteros. Nuestro sacrificio no será inútil.

Tenemos que motivarnos para considerar en el fondo de nuestra conciencia la realidad que se ha realizado en nosotros desde la ordenación: formamos una "íntima fraternidad sacramental". Para que esto no sea una mera declaración magisterial, es preciso:

1. pedir humildemente que haya presbíteros con carismas para el servicio de sus hermanos compresbíteros, como los hay de las vocaciones y otros campos de la vida de la Iglesia. Deseamos que el primer animador sea el propio Obispo, renunciando quizás a otras tareas aparentemente más apremiantes. Ninguna es más significativa que esta: Toda la Iglesia saldrá beneficiada.

2. la formación presbiteral permanente se hará paso a paso una

profundización de la propia vocación de presidencia, servicio, pastoreo y testimonio de Cristo y con El.

3. la finalidad de todo este esfuerzo será la de avivar la Fe de los presbíteros mediante un amor oblativo (*agapé*).

\* \* \*

Deseo concluir ya esta exposición. Cada uno aprovechará lo que pueda de ella. De modo especial, quisiera yo enfatizar la importancia de *lo sencillo*, de *lo simple*. Estamos demasiado acostumbrados a largos informes, planes detallados, minuciosos estudios de la realidad. Y, muchas veces, lo que más necesitamos es ejercer la dulzura del trato con los demás y ver como caen todos los prejuicios y se abren los corazones.

Para esto no habrá más remedio que romper algunos hábitos que se han envenenado y establecer unos hábitos nuevos. Son los que propongo aquí y pertenecen a las virtudes de religión, pobreza y humildad. Unidas a las demás virtudes, y por la representación del misterio Pascual, se logrará esa energía y ese dinamismo de santidad y compromiso que necesitamos los presbíteros de América Latina.